

ISRAEL, ENTRE LA HISTORIA Y LA GUERRA



Hace ahora treinta años que tuve la oportunidad de vivir en Israel más de seis meses a lo largo de dos años. Estaba acabando la guerra de Ion Kipur, en la que los israelitas habían conquistado a los egipcios toda la península del Sinaí con sus carros de combate y su aviación. En realidad era la segunda parte de la guerra de los Seis Días. Rememorando en el tiempo, siempre me quedó la sensación de que los judíos trataban con esa guerra de demostrar al mundo que no ocupaban esas tierras porque habían sido un regalo de los británicos, influenciados por los norteamericanos. Y, a modo de seria advertencia, con estos actos bélicos no solo se defendían de las muchas incursiones árabes en sus territorios, sino que también pretendían gritar muy alto en los oídos del complicado mundo árabe que no se dejarían amedrentar ni avasallar por tanto potencial enemigo como les rodeaban: sirios, libaneses árabes, egipcios, jordanos extremistas, o la misma Arabia Saudí, que la tenían enfrente en su próspera ciudad de Eilat junto al mar Rojo. Un poco más al sureste, otros poderosos enemigos como Irán e Irak. Ellos saben mejor que nadie que son un pueblo pequeño, pero cuentan con el suficiente potencial humano y económico como para no permitir otra vez su desaparición como Estado.

Hoy, al regresar de nuevo, vuelvo a tener esa misma sensación en medio de esa otra guerra interminable contra las milicias terroristas. Las batallas contra los terroristas siempre son largas y más crueles si cabe, pues no se lucha contra otro ejército pertrechado y bien entrenado, visible y predecible. En este tipo de combates, como el protagonizado en España por ETA, se lucha contra el terror más sanguinario e irracional, y por lo tanto las víctimas no son solo los soldados, las constituyen todo ser humano que pasase por allí o estuviera en el trayecto de esa bomba, bala o misil.

Por eso, durante estos cincuenta años de vida del Estado de Israel, los judíos no han dejado de fabricar armas; hasta el extremo que una población de menos de cuatro millones de habitantes ostenta el quinto mayor ejército del mundo. Muchas de las familias más poderosas de los Estados Unidos son de origen judío, y como una obligación de por vida, protegen y cuidan a sus hermanos con aportaciones millonarias de fondos, grupos de presión para facilitarles programas militares, y cuanta ayuda diplomática necesitan para dar por la cara por ellos.

Es verdad que ahora hay un fanatismo y crueldad a mi

modo de ver exacerbados en la conducta de los israelitas, pero no es menos cierto que solo se llega ahí a base de negarles su propia existencia. Los juicios de valor que hacemos en Europa sobre la causa palestina no son todo lo imparciales que deberían ser. Y como sucedió en el país Vasco con la actitud pasiva del PNV en los comienzos de ETA, es muy difícil parar después ese juego; esas medias verdades; esa protección encubierta del terror que practicaron tanto el PNV como los palestinos.

Pero hay otro Israel turístico e histórico que está sufriendo esta guerra. Sus hoteles en el mar Rojo y en la costa Mediterránea están vacíos, y los campesinos y beduinos de las tierras áridas también sufren las consecuencias de una guerra que dura ya más de cincuenta años. Este país ha hecho un enorme esfuerzo por dar otra imagen que la permanente confrontación. Y para ello creo centros de turismo basados en los lugares bíblicos que ahora se ven resentidos por el miedo que tiene la gente de llegar a estas conflictivas tierras. Los judíos se aferran a un poder basado en las armas, y sus enemigos se atrincheran haciendo lo único que pueden hacer contra semejante máquina de guerra. Su recurso son los actos terroristas, la guerrilla urbana y la desestabilización, haciendo pagar a ese pueblo que dicen representar y defender consecuencias durísimas. La destrucción de todo lo que se ha venido construyendo estos últimos años es patente, y a uno le queda la duda de si serán capaces de volver a levantarlo, pues la población está agotada.

Las guerras contra los terroristas de manera contumaz se prolongan en el tiempo al insoportable ritmo de las medias verdades y los nacionalismos históricos; pero sobre todo, en la negación del lugar que por derecho le corresponde al otro, a ese que no piensa como tú, a pesar de tener el mismo origen. Y si en España seguimos talibanizando la convivencia entre españoles con catalanes, mallorquines, gallegos y vascos, cómo no se van a producir guerras en lugares más oprimidos y mucho menos civilizados.